



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(III)

Permítame el lector que haga un alto en la vorágine de la memoria de mi juventud y reflexione a partir de las primeras experiencias adquiridas. El primer hombre en la vida de toda mujer puede o no puede dejar huella. ¡Depende tanto del lugar donde haya pretendido dejar huella! Pero un hombre que deja huella en el dormitorio, como Winston, con respecto a mí, jamás se olvida. Años después lo comentaría con Faulkner en un corto viaje en "ferry-boat" por el Mississippi.

—Cuando leí su novela **Santuario** pensé que usted y yo éramos espíritus gemelos. El primer hombre que posee a una mujer jamás será olvidado por ella.

—Psé —me respondió Faulkner con precisa ternura.

—El primer hombre en mi vida fue Winston Churchill —le dije a Faulkner mientras de reojo intentaba comprobar los efectos de mi noticia. Faulkner dejó de beber a morro sureño en la botella de Chivas Regal, y confesó:

—El mío, no.

—¿También hubo un hombre en su vida?

—Varios. Pero sobre todo el primero...

Chasqueó la lengua, complacido.

—¿Rodolfo Valentino, acaso?

—No. No. Fue mi padre. Fue el primer hombre de mi vida. Nos queríamos mucho, pero no nos podíamos ver.

—Yo hablaba en otro sentido. Partía de un análisis psicólogo de los traumas de los protagonistas de **Santuario**...

—¿Santuario? ¿Qué es eso?

—Una novela. ¡Una novela que ha escrito usted!

—¿De veras? ¡Si usted lo dice! Estas europeos siempre quieren saber más que uno.

Y se marchó.

A lo que iba; el amor del primer hombre se recuerda siempre, siempre. Cuantas veces se cruzó luego Winston en mi vida sentí la necesidad de saltarle al cuello y pedirle que me llevara a los paraísos de la iniciación. Pero casi siempre supe reprimirme. Sólo muchos años después, en pleno bombardeo de Londres, nos encontramos junto al puente de Waterloo y fuimos intensamente felices entre los derribos de una casa de Palmerston Street. No adelantemos acontecimientos.

Yo siempre pensaba: «¿Acaso Mata-Hari conserva este amor constante por Jaurés porque fue el primero?». Un día reuní todo mi valor y se lo pregunté.

—¿Jaurés el primero? Ja, ja, ja. Río como una muñeca de opalina fugitiva de un poema del Verlaine más fino.

—El primer hombre de mi vida fue un compatriota tuyo. Un hombre muy famoso en tu país.

Me costó una semana de insistencia obtener el nombre y el relato de la iniciación de Mata-Hari. Empecemos por el nombre:

—Mi primer hombre fue... Cánovas y Sagasta...

Mata-Hari siempre tenía la virtud de sorprender.

(Continuará.)

